

# La revolución de César Vallejo (1892-1938) Centenario de su natalicio

*Hernán Lavín Cerda*

**A**ún recuerdo que en la noche del último jueves de Septiembre de 1966, en la taberna *U Fleku* de Praga, el poeta Roque Dalton me dijo:

—Estoy muy bien aquí, aunque esto no es lo mío. Ya pasaron más de tres años y tengo una compañera checoslovaca, pero no aguanto más. No me llevo mal con ella, soy traductor y corrector de estilo de una revista de literatura y política, pero esto no es lo mío. Si permanezco por más tiempo en esta bellísima ciudad, acabaré por escribir poemas bucólicos sobre la callejuela de los alquimistas o sobre los cisnes del palacio Wallenstein, lo cual no sería envidiable, te lo aseguro. Yo nací en El Salvador, como tú sabes, y soy de tierra caliente, con mucho sol y pericos que todavía vuelan en libertad, junto a otros pájaros de colores. Si me quedo aquí, terminaré por perder la lengua, su potencia expresiva: esa lengua sentimental y convulsa de Hispanoamérica, nuestro idioma latinoamericano, ese español de Indias que es otra cosa, otro fenómeno, un español luminoso y mestizo, un híbrido lingüístico a partir de sus nuevas contaminaciones, interjecciones, exclamaciones, preguntas, dicciones y contradicciones, angustias, alegrías, nuevas preguntas, viejas y nuevas acumulaciones lexicales, zozobras y perturbaciones. Yo sobrevivo respirando en el útero materno de nuestro idioma que es capaz de ser lógico o aparentemente ilógico, directo o esquivo, medular o vicioso, explosivo y muscular y huesudo: un lenguaje de oralidades tiernas, coléricas, íntimas, huérfanas, cadenciosas, mortuorias, rítmicas, sensualmente inauditas, a veces, y conexas o sugerentes en su inconexión, microscópicas, de diminutivo en diminutivo, suspicaces y elusivas y sabrosas y sabias y hasta pueriles. Oralidades profundas, profusas. Yo me siento de la familia de César Vallejo y no puedo seguir viviendo en esta orilla del mundo. Vallejo se hubiera muerto de pena por estos rumbos. Se murió de pena, es cierto, de dolor y de pena por la suerte cruel de su Perú natal y de España. Pienso que acá habría sido mucho peor: morir de aburrimiento es aún más lamentable. Creo, por otro lado, que aquí puede estallar una convulsión social dentro de poco. Las cosas no están muy bien y hay mucha tensión por debajo del agua: los cisnes se ven tranquilos, pero la procesión va por dentro. Estoy escribiendo un largo poema, una especie de montaje épico y lírico llamado *Taberna*, ese, será el título del texto escrito en base a las cosas que escucho aquí por las noches. Frases dichas por checos, latinoamericanos y de otros países de Europa Occidental. El tejido final es bastante desolador: la radiografía de este socialismo

es muy dolorosa. Creo que el diagnóstico coincide con lo que sucede en la realidad. Yo me iré pronto, cuanto antes, quiero volver a América y recuperar el lenguaje vivo de nuestra gente, el vigor de la lengua de Vallejo. Presiento que el provenir será más vallejiano que nerudiano, si nos referimos a la poesía, y a pesar de los hermetismos del cholo de Santiago de Chuco. Neruda es la gran épica, la sensorialidad, la cadencia y el cántico, el boato verbal y la belleza del universo germinándose a sí mismo. Es quizás el mejor dotado, sin duda, pero Vallejo es la otra voz, la subterránea, la umbilicalmente ciega, la voz de los huérfanos de ayer y de mañana, la tartamuda, la de la clarividencia, la de los tics, la neuropoética, la fisiológica, la del sin sentido que es otra dimensión del sentido, la del génesis de nuestros pueblos mestizándose a sangre, a violación, a placer, a fuego limpio, no siempre limpio. Sospecho que Vallejo es el futuro, lo cual me pone muy feliz aunque también debiera inquietarnos. Vallejo tiene algo de humor, pero se trata de un humor patético: lo veo más cerca del drama que de la comedia. ¿Y hasta cuándo vamos a seguir viviendo en el agobio, en la orfandad, en el sufrimiento?

Aquella noche de Praga nos despedimos en el *U Fleku*, protegidos por la blancura de la pata de conejo que había a la entrada de la taberna. ¿Era en verdad la pata o más bien el rabo? ¿Aún colgará de sí misma, no muy lejos del reloj luminoso en el muro, junto a la puerta principal? Nunca más volvimos a vernos. En 1972 hablé con él por teléfono durante algunos minutos, ya en América Latina. Años después supimos de su muerte: un equívoco brutal, el absurdo vallejiano convertido en homicidio de índole política.

—Acuérdate —decía Roque Dalton con su nariz casi aguileña y la sonrisa nerviosa—: los tiempos que vienen serán los tiempos de Vallejo, el César sin trono, el padre de muchos de nosotros, el cholo de los Andes, esos Andes que cruzan por todo el continente, esas alturas que llevamos dentro, y esos precipicios. De nuevo hay que aprender a hablar, desde el fondo del alma golpeada en el lomo y más allá del lomo. Vallejo nos enseña, es el gran maestro, no lo olvidés.

Pienso que Dalton estaba en lo cierto: los crueles días que llegaron, poco a poco, a Hispanoamérica, fueron los de Vallejo, al menos entre los años de la década de 1960 y de 1970, y aún después. Tiempos de ferocidad, de injusticia, de sadismo, de burla, de desigualdades cada vez mayores, de persecución y destierro, de crimen, de estupidez, enfermedad, hambre, de autoritarismo casi crónico, de manipulación de la más variada índole, a través de la substancia original: el lenguaje. Y aquí aparece Vallejo, el fantasma viviente de César Vallejo con su orfandad lingüística que, al principio, no es más que la respuesta lógica ante la incertidumbre y la desconfianza generada por la lengua del poder oficial, aquella inexpresiva y mentirosa lengua que puede aparecer en la literatura, en la poesía, en el periodismo: la lengua del floripondio y la hipocresía, la flácida y obesa lengua de los poderosos de siempre, los empolvados y edulcorantes, los propietarios del llamado “buen gusto”.

Vallejo puso una bomba de tiempo en las entrañas de la historia oficial, esa historia equívoca y traicionera que se manifestaba por medio de un discurso adulterado: la urdimbre del lenguaje de las alienaciones y las dependencias. Lo cierto es que la bomba de la profilaxis y la desarticulación verbal estalló con un poder

inmenso desde su apariencia minusválida, a partir de algunos textos poéticos que ya aparecen en *Los Heraldos Negros*, su primer libro publicado en Lima, en 1918. Cuatro años más tarde, en los talleres de la penitenciaría de Lima, y con prólogo de su amigo Antenor Orrego, se publica *Trilce*, cuya explosión dentro de la poesía en lengua española —y creo que no sólo dentro de la poesía— fue como la violenta liberación de la energía luego del estallido de una bomba nuclear. A partir de entonces, nada fue igual en nuestra literatura: qué pulsión carnal y psíquica, qué temblor de la aguja sismográfica en el corazón del hombre, qué conmoción sin límites. “La belleza será colvulsiva o no será”, diría André Breton por aquel tiempo y desde otra zona del mundo. Dicha frase pudo estar en los labios de César Vallejo como catapulta precoz y precursora. Frase que quizá le viene mejor al poeta del Perú, así como a Samuel Beckett o Antonin Artaud.

La explosión trilceana, con todo su hermetismo, abrió las compuertas de la psique hispanoamericana en su propio dinamismo de verbalización libérrima. El poeta y ensayista Saúl Yurkievich, por ejemplo, ha reconocido que el fenómeno de apertura en nuestra poesía de los años sesenta, es en cierto modo deudor de la revolución desatada por el gesto lingüístico —subversión morfosintáctica— de César Vallejo. ¿Cuál es la estética dominante?, se pregunta Yurkievich y él mismo responde: “Crisis del idealismo romántico, pasaje de los nerudeanos a los vallejeanos, conciencia crítica, desgarrada, desacralización humorística, irrupción de la actualidad, transición entre el psicologismo y el sociologismo, agresividad, libertad de expresión, avance del coloquialismo y del prosaísmo, pluralidad formal y estilística, discontinuidad, inestabilidad, ruptura, apertura, cosmopolitismo, tales son en sucinta recorrida los rasgos comunes, las líneas de fuerza de la poesía que se hace hoy en América”.<sup>1</sup> Varios de nuestros poetas se inscriben en una tendencia más o menos común, caracterizada, sobre todo, “por una visión más concorde con el horizonte gnoseológico, con la tesisura, con la heterogénea multiplicidad del mundo contemporáneo, por una relación más inmediata, concreta y crítica con la realidad histórica, por una ampliación de las libertades expresivas, por ser plurifocales, politonales, metamórficos, por retomar la tradición de la ruptura, de revuelta contra las estructuras caducas que postuló y practicó la primera vanguardia. Como Vallejo, que les sirve de modelo artístico y ético, se saben todos viviendo en un tiempo fragmentado, en la disociación mutiladora de una sociedad que los frustra, en una realidad sin sentido, invadidos por las contradicciones, la injusticia, el avasallamiento, la violencia. Todos coinciden en su versión de América Latina, en la descomposición de los sistemas y valores tradicionales (...) Todos ostentan conciencias desgarradas, una apetencia fáctica, operativa, que no puede ser satisfecha por la actividad textual. Casi todos son cosmopolitas, irreverentes, rebeldes, agresivos. Todos han descendido del reino celestial al terrestre y quieren decirlo íntegramente en sus excelsitudes y sordideces, en sus deslumbres y oscuridades, en sus dignidades y bajezas, sin dejar de anhelar el vuelo liberador, el remonte enaltecedor, la plenitud edénica

<sup>1</sup> Saúl Yurkievich, *Poesía hispanoamericana 1960-1970, una antología a través de un certamen continental*, México, Siglo XXI Editores, 1972, p. 7.

que imaginativamente los descifre de la atadura concreta y cotidiana, de la restricción de lo real”.<sup>2</sup> Casi todos han dejado de lado “la América natural y agraria, el contexto rural, para sentar su poesía en las urbes modernas, en un medio ciudadano. Y por más que quieran empujarse, perder postura heroica, acercarse al hombre de la calle utilizando la lengua popular o representando las experiencias vulgares, la inmediatez doméstica o callejera, el epicentro de su poesía sigue siendo el yo protagónico, una individualidad que se confiesa líricamente a través de una escritura personalizada, que tiende a la densidad y a la interiorización psicológica. Para terminar, no se puede hablar en Latinoamérica de poesías nacionales porque literariamente (...), las fronteras están abolidas. Es imposible establecer características, una voz, un registro, un lenguaje que sean privativos de un país. Se ha producido una sincronización continental merced a la identidad de lengua (...), de cultura, de problemática, y gracias también a la mayor intercomunicación...”<sup>3</sup>

Partimos de Vallejo, pasamos por Roque Dalton en aquella Praga casi fantástica y doliente, la del cementerio judío y los alquimistas, la de Dalibor, el violinista casi mitológico, quien fuera decapitado por orden del rey, la de Kafka, la de 1968 y la intervención soviética, y de un salto volvemos a César Vallejo, quien a juicio de Luis Cardoza y Aragón se inventó un idioma cuando estuvo a punto de quedarse mudo en la trampa de un lenguaje en el cual ya no se reconocía. Vallejo siempre bailó en la cuerda floja que va del idiolecto, del estupor individual a la zozobra colectiva. A partir de *Trilce* se quedó aún más solitario, pero supo asumir esa especie de soledad ontológica y original: una soledad orgánica —no sólo en el cuerpo de su insólito lenguaje—, una soledad psicofísica, de fundación. Un par de meses después de publicado el libro —esa bomba de tiempo, esa profilaxis en el corazón de una lengua enferma de esclerosis—, el escritor, profesor y político Luis Alberto Sánchez escribió un artículo en el periódico *Mundial*, de Lima, el 3 de noviembre de 1922. En uno de sus párrafos dice que se trata de la aparición de “un nuevo libro incomprensible y estrambótico: *Trilce*”. A raíz de éste y de otros comentarios adversos, César Vallejo escribe una carta que es testimonio y clave de su espíritu libertario. Está dirigida a su amigo Antenor Orrego, quien, por cierto, había escrito el prólogo. Vallejo le confiesa: “El libro ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy, y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí, una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista, ¡la de ser libre! Si no he de ser libre, no lo seré jamás (...) Quiero ser libre, aun a trueque de todos los sacrificios. Por ser libre, me siento en ocasiones rodeado de espantoso ridículo con el aire de un niño que se lleva la cuchara por las narices...”<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Ibid., pp. 36-37.

<sup>3</sup> Ibid., pp. 37-38.

<sup>4</sup> César Vallejo, *Obra poética completa*, Edición, prólogo y cronología de Enrique Ballón Aguirre, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 284-286.